

la disposición de ciega obediencia, y de absoluta resignación en que los había puesto.

Cuéntase que noticioso el sultán de Persia de que todos los soberanos estaban amedrentados con estos fanáticos, envió un ministro á su caudillo para intimarle que saliese quanto antes de sus estados, ó declararle la guerra, si se negaba á obedecer; y que Assam-Sabah, sin responder á este ministro, llamó dos de los suyos, mandando á uno que se matase, y á otro que se arrojase desde lo alto de una torre, lo que executaron ciegamente. Entonces volviéndose al ministro, le dixo: *Id y decid al sultán, que tengo 700 hombres tan determinados á obedecerme como estos dos.* Esta fué toda su respuesta, y por ella juzgó el sultán que era muy arriesgado hacer guerra á un gefe, cuya voluntad era tan bien executada. Este pueblo extraordinario fué el terror del Asia por más de siglo y medio en el Reynado de 8 príncipes. Pasó colonias á varias comarcas al mando de ciertos comandantes que dependían del gefe general, y que tenían todos el mismo poder y el mismo dominio que él sobre aquellos á quien mandaban en su nombre. Los historiadores de las cruzadas han dado el nombre de *Anciano del Monte* al caudillo de los que penetraron en la Siria, y se establecieron en las gargantas del monte Libano.

### ARTICULO III.

#### *Estado político del Occidente.*

No estaba el Occidente en ménos agitación que el Oriente, aunque las revoluciones no eran tan freqüentes, los delitos tan atroces, ni había tantos príncipes ensalzados por la rebelión, y derribados por el parricidio. Las turbaciones que inquietaban á la Europa, las guerras que la desolaban, y los alborotos que obligaban muchas veces á los soberanos á armarse contra sus propios vasallos, eran conseqüencias funestas de la anarquía feudal. Este gobierno monstruoso como era, tenía sus leyes fundadas en el uso, y en una especie de convenio tácito, que se había establecido por el hecho; pero estas leyes no obligaban mas que al desvalido; y qualquier vasallo que se hallase con bastante poder para hacer guerra á su soberano, ó por sí solo

ó con el auxilio de sus aliados, podia hollar estas leyes y estos usos, de los quales sabia muy bien eximirse por medio de la fuerza. Este era el sistema de toda la Europa; pero su funesta influencia en ninguna parte se experimentaba mas, ni era mas general que en Francia, como lo veremos muy pronto; y aun fué fortuna que se formaron en los ánimos nuevas ideas, y que unos proyectos de conquistas distintas (a) presentaron al valor inquieto de los príncipes y de los señores un nuevo objeto, al qual acudieron de todas partes, y éste se abrazó con aquella ansia que produce un entusiasmo repentino, que se comunica en un instante, y en el qual todos se apresuran á tener parte. Esta fermentación, que muy en breve llegó á ser universal, mudó las ideas, los intereses y la política, y dió á los grandes, á los guerreros y á los pueblos un impulso, cuyas resultas fueron con el tiempo mas felices de lo que se hubiera podido esperar; pero antes que se experimentasen estos efectos ventajosos, ocasionados por las circunstancias, ocurrieron muchos sucesos extraordinarios que vamos á recorrer.

El poder de los emperadores de Alemania influia mas que ningun otro en los negocios generales, por la conexión necesaria que tenían, en virtud de su dignidad, con los estados del Norte y del Mediodía. Quando murió Oton III., que no dexaba hijos, tuvo grandes altercaciones en Alemania y en Italia sobre la elección de sucesor. Por último se reunieron los votos en favor de Henrique, duque de Baviera, biznieto de Henrique el Paxarero. El crédito de justo, de afable, de moderado y de piadoso, de que gozaba ántes de su elección, determinó á los prelados y grandes á elegirlo por cabeza del cuerpo germánico. Supo mantener la alta opinion que se había formado de él, gobernando con prudencia, y juntando con las virtudes christianas las virtudes reales y militares. Su primera diligencia fué aplicarse á sosegar las turbaciones de Alemania, excitadas por el despique de algunos príncipes á quienes había sido preferido. Despues volvió su atención hácia la Italia, en donde se había formado un señor ambicioso, y al mismo tiempo de poder, llamado Hárduino, por medio de sus negociaciones, y distribuyendo mucho

(a) Las cruzadas.

dinero, una parcialidad de consideracion, que lo declaró soberano con el título de rey de Lombardia; pero este usurpador se hizo muy en breve odioso por su tiranía, de suerte, que Henrique, ayudado por un crecido número de señores, no tuvo trabajo en desvanecer los pocos parciales que le quedaban. La corona imperial la recibió primero en Pavia, y despues en Roma de manos del papa Benedicto VIII. Este pontífice, al ponersela sobre la cabeza, le hizo jurar que defenderia y protegeria la Iglesia, y que seria fiel á la silla apostólica, y á los papas legítimamente elegidos que la ocupasen en adelante. El piadoso emperador al hacer estas obligaciones consultó mas bien con su religion y con su respeto á la silla pontificia, que con las máximas de una política sagaz. No le ocurrió que los sucesores de Benedicto pudiesen en ningun tiempo aprovecharse contra los suyos de un acto dictado puramente por la piedad. Henrique estaba en guerra contra los griegos, y despues de las mas señaladas victorias, iba á tomarles las pocas plazas que todavía poseian en la Calabria y la Pulla, quando las enfermedades que destruian su ejército, le obligaron á interrumpir el curso de sus victorias. Apenas dió la vuelta de Alemania, quando murió con reputacion de buen príncipe, de experto soldado, y de prudente. La Iglesia de Bamberg, que habia fundado y dotado generosamente, fué el lugar de su sepultura. Su reynado duró 23 años. Sus virtudes regias y políticas lo han hecho colocar entre los héroes, y sus virtudes christianas en el número de los santos. La Iglesia celebra tambien la memoria de santa Cunegunda, su esposa, que se retiró á un monasterio para acabar de perfeccionarse por medio de la oracion y de las buenas obras. Para dar sucesor á este virtuoso príncipe hubo alteraciones y parcialidades. Antes de morir habia recomendado á los señores á Conrado, duque de Franconia, como el sugeto mas apto para gobernar el imperio en las difíciles circunstancias que concurrían. La estimacion de Henrique era una recomendacion muy favorable para él, y así reunió al fin todos los votos de los obispos y príncipes á pesar de los ardides de sus competidores. Bucharde, Obispo de Worms, se habia encargado de su educacion, y tenido cuidado de ir descubriendo sus buenas inclinaciones. La inocencia de sus costumbres, la igualdad de su genio, y su inclinacion á la piedad, habian

hecho mirarle con atencion desde muy niño. Por estas buenas prendas habia llegado á agradar al santo emperador, á quien acababa de reemplazar. Ensalzado al trono, se mostró zeloso por conservar su esplendor y dignidad con una constancia sin altivez, y una magnificencia sin profusion. Generoso y benéfico para con todos, se contentaba con poco para sí. Sobrio, económico, arreglado en su gasto, reservaba los caudales públicos para las urgencias del estado. Este príncipe habia pacificado las alteraciones de Alemania, y reprimido á los sediciosos de Italia. Habialo coronado el papa Juan XIX., y prometia al imperio un gobierno feliz por su gran prudencia, y su zelo por la justicia, quando le sobrevino la muerte repentinamente el año 1039, á los 15 de su reynado. Las leyes que hizo para establecer en el imperio una jurisprudencia constante, y fixar los derechos respectivos de la cabeza y de los miembros, lo han hecho tener por el principal autor del derecho feudal germánico.

Conrado para prevenir las turbaciones que podian originarse con su muerte en la eleccion de sucesor suyo, habia tenido la prudente precaucion de hacer coronar á Henrique, llamado el Negro, su hijo, en Aquisgran el año 1028, con consentimiento de los grandes y de los pueblos. En este jóven príncipe se esperaba encontrar la moderacion, la prudencia y la equidad de su padre; pero aunque no careciese de buenas prendas ni de talento, faltábale mucho para que reuniese en sí aquellas varias especies de mérito que habian hecho á Conrado tan amable á sus vasallos. Henrique gustaba del buen orden y de la gloria: tenia valor, intenciones rectas; deseaba ganar el amor de los pueblos trabajando en su beneficio, pero á las veces era duro y orgulloso con los grandes; los trataba con altivez, y exigía de ellos una sumision y respeto, que le hubieran concedido con mucho mas gusto; si no se hubiera empeñado en imponerles este yugo con un despotismo que chocaba á unos señores zelosos por naturaleza de sus derechos. Este proceder, y lo que ellos imbuyeron en los ánimos de los que habian de concurrir con el emperador á la prosperidad pública, no le permitieron hacer todo el bien que hubiera podido. Sin embargo, hizo un servicio importante al estado y á la Iglesia, dando fin al cisma que desolaba la iglesia de Roma. Tres papas, Be-

nedicto IX., Silvestre III. y Gregorio VI., disputaban entre sí la cátedra de san Pedro. Henrique los hizo deponer á todos tres en un concilio congregado en Sutri como simoniacos y manchados con otros delitos, y procuró la eleccion de Suidgero, obispo de Bamberg, prelado de conocido mérito, que tomó el nombre de Clemente II. Aunque Henrique se hallaba todavía en lo mejor de su edad, tomó respecto de su hijo la prudente precaucion que su padre habia tomado con él, haciéndolo elegir y coronar en vida suya. Dos años despues murió, á los 39 de su edad, en el de 1056. Este es el primer soberano de Alemania que se adjudicó el nombramiento de las prelacías y demas beneficios. Este derecho lo fundaba en el de las investiduras que miraba como una de las prerogativas del trono que habia heredado de sus antecesores. Expondremos el origen y fundamentos de esta pretension, quando lleguemos al tiempo en que se movió en la Iglesia la disputa de las investiduras, y dividió de un modo tan funesto el sacerdocio y el imperio.

Viendo los príncipes y grandes de Alemania por rey á un niño de 6 años y una muger, mas conocida por su piedad que por su talento para el gobierno, juzgaron poder entregarse á todos sus proyectos de ambicion; pero experimentaron que la emperatriz Ines, tutora de Enrique IV., su hijo, no era ménos capaz para regir un imperio que inclinada á las virtudes christianas con que edificaba la Iglesia. Los rebeldes de Alemania hallaron en la presencia y entereza de esta princesa un freno que contuvo su inquietud; y Roma aprendió de ella, que una piedad sólida no impide á los soberanos instruidos hacer valer sus derechos contra el gefe de la religion, quando intenta violarlos. Si el jóven Henrique se hubiera aprovechado en su infancia de los exemplos y lecciones de una madre de talento tan sublime, y de conducta tan prudente, hubiera estado ménos expuesto su reynado á las borrascas que lo turbaron, pero este príncipe dió á conocer muy presto el genio impetuoso y vivo, y las pasiones indómitas que lo dominaron siempre, y que le acarrearón todas las desgracias de su vida. Con un ánimo á toda prueba, un valor que lo igualaba con los campeones mas insignes, una paciencia invencible en los mayores reveses, un ingenio fecundo en recursos y

expedientes, una alma fuerte y capaz de las acciones mas heroicas, podia Henrique hacerse el monarca mas famoso de la Europa; pero por no haber sabido resistir á sus inclinaciones; por haberse entregado á consejos perniciosos, se hizo tirano del imperio, escándalo de la religion, autor de las mayores turbaciones que hasta entónces se habian experimentado en la Iglesia, y artífice de sus propias desgracias.

Desde que este príncipe llegó á la edad en que los hombres dan á conocer lo que son, no manifestó mas que vicios. Tan incapaz de contenerse como de domarse, se hizo superior á todas las consideraciones, y despreció las precauciones que debiera haber tomado, tanto por el respeto de su clase, como por la mira de su reputacion. No conocia ni delicadeza en la eleccion de sus placeres, ni medida en los excesos á que se abandonaba. El rapto, la violencia y la seduccion eran los medios de que se valia para satisfacer sus deseos; y igualando su inconstancia á su impetuosidad, si dexaba un objeto, era para correr inmediatamente tras de otro, que con la misma facilidad abandonaba. Las infamias, la crueldad, las opresiones, los locos gastos, resultas ordinarias de una conducta tan desarreglada, le hicieron mas de una vez añadir el delito á la disolucion, asesinando los maridos por apoderarse de las mugeres, y sacrificando sus compañeros en los vicios, quando parecia que le desaprobaban ó rehusaban servir ciegameute á sus pasiones.

Una vida, que tan poco se compadecia con las obligaciones y dignidad del trono, no tardó mucho en excitar el menosprecio y la indignacion. Lo primero fué murmurar; de aquí se pasó á las quejas; y al fin se llegó á una sublevacion general. Los escándalos de Henrique eran públicos, y excitaban á ira; y como él mismo guardaba tan poco decoro á la magestad imperial, se juzgaron exentos los demas del menor respeto. Este príncipe de tal modo habia enagenado de sí los ánimos y los corazones, que Alemania y Italia se levantaron á un tiempo contra él. De allí á poco se vió citado ante un concilio, y obligado á conservar una esposa que habia calumniado, sin hacerle por eso perder la estimacion que merecia su virtud; excomulgado por un pontífice, cuya eleccion habia favorecido, aunque ya debia contar con sus rigores;

humillado á los pies de este papa, que lo trataba como culpado al tiempo mismo que lo exhortaba á justificarse, y á convocar una dieta para que lo juzgase; perseguido á mano armada por un hijo á quien acababa de hacer sentar en el trono; abandonado de todos, y pretendiendo para mantenerse algun título clerical en la iglesia de Spira, que aun no pudo conseguir; y muriendo al fin de miseria y de dolor á mitad de su carrera, con el atroz pensamiento de que á sus cenizas se le negaría sepultura eclesiástica. Este fué el paradero de un príncipe, que por su nacimiento, fuerzas é ingenio parecia estar destinado á sujetar baxo su ley á la Alemania y á la Italia, y quizá á resucitar en Europa aquellos felices dias de Carlo Magno.

Baxo el gobierno prudente y moderado de Hugo Capeto habia empezado la Francia á reponerse de las calamidades que la habian afligido en tiempo de los últimos príncipes de la estirpe Carlovingiana. Veia sobre el trono en la persona de Roberto un príncipe instruido, afable y religioso, cuya índole noble y franca inspiraba confianza y amor. Este príncipe, que era sabio, respecto del tiempo en que vivia, consagró su pluma á la religion, celebró sus misterios, y cantó las virtudes de los santos. La Iglesia ha conservado algunos himnos y composiciones cadenciosas y rimadas, que se llaman prosas; monumentos mas bien de su piedad que pruebas de su ingenio para la poesía. Ya hemos hablado de los esfuerzos que hizo ántes de romper los vínculos tan apreciables á su corazón, que lo ligaban con la Reyna Bertha, su primera esposa. Preveia sin duda las desazones domésticas que habian de ser el fruto de otro enlace, en que la inclinacion y el afecto no tenian parte ninguna. Constanza, que reemplazó á Bertha, era orgullosa, imperante, vengativa, genio demasiado opuesto al de este buen príncipe, para que dexasen de moverse á mentido entre ellos aquellas contiendas que ponen en agitacion las cortes, y que aun suelen influir en los negocios. Esta princesa le suscitó enemigos hasta su propia familia. Roberto vió á sus hijos desazonados con la persecucion y caprichos de su madre tomar las armas contra él, y obligarlo á combatirlos. Dos veces se manifestó esta rebellion, y dos veces el amor de los príncipes á un padre que era digno del homenaje de todos los corazones, los reduxo á su obligacion, de la

que los habia apartado el despecho. Quando murió este piadoso rey, que fué el año de 1031, fué universal el sentimiento en Francia, y los pueblos pedian al cielo llorando, que recompensase unas virtudes que los habian hecho felices, y que creian dignas de honrarse en los altares.

El Reynado de Henrique I., asociado 3 años ántes á la dignidad real, empezó por rebeliones, que el odio implacable de Constanza excitó contra este príncipe. Para atraer á los señores á sus ideas, que no se extendian ménos que á privar á Henrique del trono en que su padre lo habia colocado, calumnió sus costumbres y su genio, pintándolo con los mas odiosos colores, y pronosticando al pueblo muchas calamidades si tenia la cobardía de dexarlo reynar. Roberto, duque de Normandía, fué su defensor contra los enemigos que las calumnias de su madre le habian suscitado; mas el valor y la prudencia de Henrique, ayudado por un aliado poderoso, restituyeron bien pronto la calma. Al mismo tiempo la inquietud propia de los grandes vasallos, y las competencias que se encendian entre ellos con menor motivo, llenaron todo este Reynado de alborotos, de guerras intestinas, y por consiguiente de ataques, de combates, de estragos y de desdichas. Tal fué todavía por muchos años la suerte de la Francia, y de la mejor parte de la Europa, por una consecuencia inevitable de la feudalidad, que se habia dividido en tantas ramas, que cubria el Reyno de un cabo á otro.

Para asegurar el trono á Felipe, el mayor de sus hijos, lo habia hecho Henrique consagrar y coronar el año 1059; y al tiempo de su muerte, acaecida al año siguiente, nombró por tutor suyo á Baldovino V., conde de Flandes, su cuñado. Satisfecho del desinterés y de la fidelidad del este aliado, no receló nombrarlo asimismo regente del Reyno. Felipe no tenia mas que 6 años quando perdió á su padre. Baldovino correspondió á la confianza con que Henrique lo habia honrado; y no tan solo cuidó como padre de la educacion de su pupilo, sino que también procuró mantener el buen orden y quietud en el Reyno, como si fuese propio suyo. Dichoso Felipe, y dichosos sus vasallos, si este jóven príncipe hubiese seguido las huellas de un regente tan virtuoso y tan justo, que le arrebató la muerte quando apenas habia llegado á los 18 años, y cu-

ya pérdida no la sintió quizá bastante. Felipe juntaba á lo agradecido de un exterior no despreciable un talento agradable, una eloqüencia natural, y el feliz don de agradar; pero se aprovechó demasiado de estos dotes preciosos de la naturaleza, y reduxo todo su mérito á las prendas amables. No pensó en otra cosa que en pasar una vida dulce y voluptuosa, descuidándose de las obligaciones más importantes de la dignidad real, entregándose á la inclinacion de los placeres como un particular que depende de sí solo, y dexando á la autoridad irse debilitando en sus manos, sin tomar parte en los grandes acontecimientos que pasaban á su vista. De aquí resultó, que los vasallos ricos se aprovecharon de su ociosidad para hacerse todavía más poderosos; que los papas extendieron sus pretensiones más allá de los límites en que se habian contenido hasta entónces; que los obispos, como no tenian apoyo, se opusieron tibiamente al poder pontificio que cargaba sobre ellos, y que el pueblo, desamparado, menospreció á un señor que no sabia, ni defenderlo de la opresion de los grandes, ni poner freno á la ambicion, que lo iba despojando á él mismo de los más preciosos derechos del trono.

Todas las faltas y desventuras de este príncipe, á quien no se puede ménos de tener lástima, dimanaron de una misma causa. Si se hubiese aplicado más á los asuntos del gobierno, é instruídose más en los verdaderos intereses del estado, habria visto quán funesta podia llegar á ser para sus descendientes la conquista de Inglaterra por Guillermo, duque de Normandía, aumentando el poder de un vasallo, bastante temible ya por sí. Si hubiese sido más moderado en seguir sus pasiones, habria advertido, que repudiando á Bertha, hija del conde de Frisia, su primera muger, para casarse con Bertrada, hurtada al conde de Anjou, su marido, se exponia á las excomuniones de Roma, sin que los obispos del reyno pudiesen libertarle de ellas. Por último, si el amor no lo hubiese cegado tanto, habria visto, que juntándose con una muger que no habia tenido vergüenza de ocupar el lugar de la esposa legítima, estando aun viva, daba una enemiga á sus hijos del primer matrimonio. Con efecto, este príncipe que habria podido hacer el mayor papel en el mundo, si hubiese aplicado su talento á la política y á la guerra, apenas se le tuvo por nada en la Europa. Excomulgado por

el papa Urbano II. en medio de sus estados, reducido á solicitar una absolucion, que se le hizo comprar con humillaciones indignas de la magestad real, poco respetado de los grandes, y todavía ménos amado del pueblo, dominado por una muger altiva y cruel, que trató de matar con veneno al heredero de la corona: este príncipe murió en el 8.º año del siglo XII. sin sentimiento de la Francia, ni aun de su propia familia. Habia reynado 51 años, y vivido 57.

Ya hemos visto, que no obstante la inquietud de los señores ultramontanos, y las pretensiones de los papas, todo el norte de la Italia y la misma Roma reconocian el poder de los emperadores de Occidente: verdad es que los griegos poseian aun al Mediodia ciudades, y un dilatado territorio que les disputaban los sarracenos. Pero las cosas mudaron de semblante en esta parte de la Italia desde los primeros años de este siglo hasta su fin. Unos caballeros normandos, que llevados de devocion habian ido á la tierra santa, pasaron por allí al volverse á su país, y vieron á los christianos peleando con los infieles. Ellos se enardecieron en zelo, y con su valor ladearon la victoria hácia los griegos, que ya estaban para abandonarlo todo á los musulmanes. Ofreciéronseles gratificaciones; pero no quisieron otra que la gloria de haber socorrido á los christianos, y humillado á los enemigos de la fe. A su vuelta á Normandía hablaron con entusiasmo de sus bazañas, y del delicioso clima que habia sido teatro de ellas. Los ánimos estaban entónces inclinados á las empresas militares, y la nobleza no buscaba sino ocasiones de señalarse por medio de las armas. Unos señores jóvenes normandos, hijos de un padre distinguido por su clase, pero poco atendido en la corte, en donde no agradaba, que no tenia más que un mediano pasar, y una familia numerosa, no pudieron oír estas relaciones importantes por su misma novedad sin entrar en deseo de ir á coger los laureles que parecian ofrecerse á su valor.

Tancredo de Hauteville, en el territorio de Contanza, era padre de estos jóvenes campeones, que de aventureros, ó más bien de auxiliares de los griegos y de los príncipes de Salerno, llegaron á ser en poco tiempo conquistadores y soberanos de la Pulla, de la Calabria y de la Sicilia. Anhelaban á la gloria; pero al mismo tiempo bus-

caban el adquirir, por medio de su valor, algún establecimiento mas ventajoso, y de mayor esplendor que el que podian esperar, quedándose en sus hogares. Recibiéronse como á unos extrangeros valientes y generosos, que venian al socorro de los christianos, sin otro motivo que el de ser útiles. A los principios no desmintieron esta opinion; pero luego que los sarracenos fueron echados, pensaron en despojar tambien á los griegos, y en establecerse por derecho de conquista en un pais regado con su sangre. Luego que dieron á entender esta intencion, y que se pusieron en disposicion de ejecutarla con el socorro de nuevas tropas que habian traído de su tierra, los papas, que á los principios los habian acogido bien, se declararon contra ellos; pero ellos se burlaron de las censuras fulminadas por los pontífices, así como se habian burlado de la espada de sarracenos y griegos. Constantes en su proyecto, y felices en su empresa, obligaron con sus victorias y su generosidad á aquellos mismos pontífices, que los habian tratado como delinquentes, á volverse favorables. El interés y la necesidad de encontrar un socorro indispensable, tuvo mas parte en esta mudanza que no el agradecimiento. Habiendo caído Leon IX. en sus manos por suerte de las armas, experimentó que no eran, ni bárbaros incapaces de proceder nobles y desinteresados, ni christianos rebeldes, que no supiesen dar al príncipe de la Iglesia lo que se le debe. Nicolás II. tuyo por útiles á sus ideas el ganarlos por amigos; y Gregorio VII., refugiado al lado de ellos, para libertarse de la venganza del emperador Henrique IV. legitimó las conquistas de estos valerosos hermanos, dando á Roberto Guiscard, el último de ellos, la investidura de las ciudades y territorios que habian ganado con su espada; y aun este hábil pontífice puso por condicion á esta gracia, que la santa Sede tendria la soberanía de todos los paises de que se trataba, y los sucesores de Roberto la carga anual de un censo á favor de los suyos. Hecho este ajuste, que la política hizo proponer y admitir, fueron vanos los esfuerzos de los griegos para volver á ganar lo que acababan de perder. Siempre que hicieron alguna tentativa contra la Italia, hallaron contra sí á los papas, que cubrian á sus vasallos con un broquel sagrado; y á los nuevos conquistadores, que muy léjos de temer á los soberanos de Constantinopla, introdu-

xerón la guerra en sus estados, y los hicieron temblar dentro de los muros de su capital. Este fué el origen de los reynos de Nápoles y de Sicilia, y el de los derechos que la santa Sede ha adquirido sobre estas dos monarquías, y conservado hasta nuestro tiempo.

No se nos olvide decir, que hácia este tiempo dos ciudades, cuyos débiles principios no habian anunciado su grandeza futura, se hicieron contar en el número de las potencias, y repartieron entre sí el dominio de los mares. Estas dos ciudades célebres que todavía mantienen su reputacion despues de tantos siglos con sabias leyes é industriosa actividad, son Venecia y Génova. La primera debió su origen á algunas familias de Venetos, pueblo antiguo de Italia, que á fines del siglo VI., al arribo de los lombardos, se refugiaron en las isletas formadas por las bocas del Po. Acrecentándose sucesivamente, formaron estas familias un pueblo que se dió al comercio, y á quien el amor de la libertad conservó en la independencía. En los últimos años del siglo VIII. se veia ya á este pueblo laborioso y pacífico reunido en república, y gobernado por un dux electivo. Este estado, ya de consideracion, aumentó su poder en el IX. por medio de conquistas que hizo, tanto en tierra firme, como en las islas. En el siglo X. tuvo todavía acrecentamiento con la union de la Dalmacia, cuyos pueblos, sin otro motivo que el de participar de la felicidad de un gobierno suave y justo, se sujetaron á su dominacion. Por último, en el XI. estaba tan floreciente esta república, que no se emprendia en Europa ninguna cosa grande, ni acaecia revolucion de importancia en que no tuviese parte.

Génova, mucho mas antigua que Venecia, era su competidora, así como Cartago lo fué de Roma. Seria difícil averiguar su primer origen, que precedió al establecimiento del christianismo. Igualmente lo seria el seguir su historia, penetrando las nubes de que está cubierta, y decir á punto fixo cuál fué la forma de su gobierno en aquellos tiempos primitivos. Ignóranse las mudanzas que experimentó baxo la dominacion de los bárbaros que se apoderaron de la Italia en la decadencia del imperio romano. Sus historiadores mas fidedignos no comienzan sus anales hasta el siglo XI., que era el tiempo de su mayor poder: sus navios cubrian los mares, y su comercio, manantial

inagotable de riquezas, se extendia desde la embocadura del Tajo hasta el Ponto Euxino. Gobernábase á modo de república, baxo la autoridad de dos cónsules, cuyo gobierno duraba 4 años, y que durante su magistratura exercian todos los derechos del poder supremo. Juntaba el espíritu de conquista con el de comercio; y desde el siglo IX. habia tomado la Córcega y otras islas á los sarracenos, y en éste se vieron sus flotas llevar socorros á los soldados que habian atravesado los mares para librar la tierra santa del yugo de los infieles.

España siempre, dividida entre moros y christianos, vió perpetuarse la guerra en su seno, y erigirse en ella nuevos tronos, que desde su principio fueron nuevos objetos de ambicion, y por consiguiente nuevas causas de competencias y disputas. Los moros, divididos entre sí, experimentaron todos los horrores de las guerras civiles. El califa Issem, envilecido á los ojos de sus vasallos por su pereza y su incapacidad, fué destronado por un rebelde atrevido, y al mismo tiempo valeroso. Sus rápidas victorias produxeron una turba de ambiciosos, que aspiraron al califado. Los príncipes christianos se mezclaron en estas divisiones, ya como aliados, y ya como enemigos, segun que su política, y ya mas todavía su inquietud, los movia á declararse en favor ó en contra de las diferentes parcialidades, suscitadas por el amor á la independencia y el deseo de reynar. Estos príncipes no vivian tampoco en mejor inteligencia unos con otros. Ademas de los reyes de Leon, que fueron por mucho tiempo los únicos que contrapesaron la fortuna de los sarracenos, hubo reyes de Sobrarbe, de Castilla, de Navarra, de Aragón; y todos estos pequeños soberanos miraban cada uno por su lado á engrandecerse á costa de sus vecinos por medio de alianzas, conquistas y usurpaciones. Estableciendo los casamientos y sucesiones nuevos derechos, introduciendo intereses opuestos, y dando pie para particiones y reuniones, eran siempre nuevo origen de rompimientos, de invasiones y de combates. Las mismas divisiones y el mismo repartimiento de poder se advertia entre los moros. Toledo, Sevilla, Jaén, Valencia, Huesca, Murcia y otras ciudades sujetas al yugo del musulman, tuvieron soberanos que procuraron la independencia, y se hicieron guerras unos á otros para extenderse y estrechar á

sus vecinos. Así que España tuvo á un tiempo en este siglo 20 reyes, mas ó menos poderosos, y peleando incessantemente unos contra otros baxo el estandarte de Mahoma, ó baxo de las banderas christianas. Entre el crecido número de príncipes christianos que reynaron en España, casi no se cuentan mas que dos que hayan merecido vivir en la historia (a). Alonso, llamado

(a) Son muchos los errores históricos contenidos en estos dos párrafos. Y no siendo justo dexárselos pasar al autor sobre su palabra, prevendremos de ellos á los lectores menos instruidos en una nota continuada: 1. Es injurioso á nuestros monarcas christianos del siglo XI. el decir que apenas hay mas que dos (Don Alonso el VI. y Don Sancho el Mayor) que merezcan vivir en la historia. Es preciso ignorarla para no saber que es de gloriosa memoria en nuestros anales Don Alonso el V. de Leon, aquel que reedificó su capital destruida por los moros, que les ganó muchas batallas, y que hizo las leyes ó fuero primitivo del reyno de Leon. Por este mismo título, sobre otros muchos, debe tambien vivir y vive en nuestras historias el conde don Sancho de Castilla, el que dió leyes á sus castellanos, y fueros á los hijos-dalgo y caballeros. *Comes iste Sancius Populis dedit optima jura*, dice el epitafio de su sepulcro. Don Bermudo III. fué digno de vida y reynado mas largo por sus grandes muestras de valor, justicia, piedad y grandeza de ánimo, segun muestran las memorias que de este jóven ó desgraciado príncipe nos han quedado. ¿Y qué diremos de Don Fernando I., el Grande en el nombre y en los hechos; de mucho valor, de gran pericia, prudencia militar y política, de excelente piedad, munificencia y religion hasta el punto de su muerte edificante y preciosa? Redundan los archivos de los estados de este gran príncipe de gloriosas memorias suyas; y querrá Ducreux que no merezca vivir en la historia de su siglo? Otro tanto á proporcion podriamos decir de otros soberanos de Navarra y Cataluña, si lo permitiese la brevedad de una nota. 2. Dice Don Alonso VI. que estuvo escondido mucho tiempo en un convento (sin decir cuál), y que de allí salió á conquistar reynos con ayuda de los moros. Todo es incierto. Si estuvo en el monasterio de Benedictinos de Sahagun, como dicen muchos y graves historiadores, no fué escondido, sino con conocimiento y convenio de su hermano Don Sancho, y noticia de todo el reyno, y solamente el corto tiempo de algunos meses, como se convence por la cronologia. De Sahagun salió para Toledo; y de aquella capital volvió muerto sobre Zamora su hermano Don Sancho, á recuperar su reyno de Leon, y á incorporar el de Castilla, que le pertenecia por su sucesion; pero todo sin inquietud, sin efusion de sangre, sin contradiccion y sin necesidad del auxilio de los moros. 3. Atribuye las desgracias de los últimos años de Don Alonso VI. á su amistad con la Zaida. Esto es meterse á intérprete de la divina providencia. La Zaida, aunque hija de rey mahometano, se hizo christiana, y aseguran que fué muger muy católica y piadosa. Por otra parte se infiere haber sido muger legitima del rey, y no amiga, el haberse reconocido por heredero presuntivo del reyno el infante Don Alonso, hijo de la Zaida, que murió en la batalla de Ucles. 4. Dice que Don Sancho el Mayor conquistó el condado de Castilla para que fuese mayorazgo ó herencia de uno de sus hijos, y que se erigió en reyno. Pero es bien sabido y vulgar que Don Sancho el Mayor entró en posesion de Castilla por herencia de su muger, hija del conde Don Sancho, y hermana del último conde Don García, muerto alevosamente en Leon al ir á celebrar sus bo-

el Bravo, rey de León, de Galicia y de Castilla, fué el primero. Su conducta prueba que tenia ideas arregladas, y que sus pasos los dirigia una política fundada. Su prudencia, igual á su valor, le hizo sacar provecho de todos los acontecimientos para aumentar su poder. No tomaba las armas, no concluía ningún ajuste, no hacia alianzas, ni dexaba un partido para abrazar otro, sino con atención al plan que se habia formado. Habia estado oculto mucho tiempo en un monasterio, de donde salió para conquistar reynos con el socorro de los moros, que despues se arrepintieron muy mucho de haber sido los primeros instrumentos de su grandeza. Ganóles muchas victorias memorables, les tomó un crecido número de ciudades, que volvió á poblar de christianos, y extendió sus conquistas hasta Portugal. Al fin de su carrera, la pasión que cobró á Zaida, hija del rey de Sevilla, princesa de peregrina hermosura, le hizo aliarse con los moros, de quien siempre habia sido el más terrible enemigo: proceder tan contrario á sus verdaderos intereses, como á la gravedad de su edad, y á su larga experiencia; pero él lo pagó, y lo restante de su vida no fué mas que una serie de reveses, consecuencias funestas de la imprudencia que le hizo cometer una pasión, de la que habrian debido defenderle las reglas de prudencia y de política que siempre habia seguido.

Los historiadores ponen en parangon con este príncipe á Don Sancho rey de Navarra. Entre tanto que los moros se destruian mutuamente con guerras civiles, les tomó todas las plazas que tenian á la falda de los Pirineos, y extendió sus conquistas muy léjos por la tierra llana. No contento con estas victorias, los destruyó en batalla formal en el valle de Funes, en donde lo esperaban á la vuelta de una expedición. Los infieles pensaban que acometiéndole de repente, lo derrotarian con facilidad; pero su presencia de ánimo y su valor lo salvaron del riesgo, y

das con la infanta Doña Sancha, y que despues al tiempo del matrimonio de esta princesa con Don Fernando I. se erigió en reyno el condado de Castilla. 5. Asimismo de este rey dice Ducreux que apenas tenia 35 años quando arrojó las armas; pero no es así, pues las conservó en la mano hasta lo último de su vida, tomando por fuerza varias porciones del reyno de León hasta llegar á la capital, y aun pasar á Astorga, cuyos excesos dicen algunos que fueron la causa de haberle quitado la vida á traición, yendo de romería á Oviedo, y que por eso se han ignorado las circunstancias del fin desgraciado de un príncipe tan famoso.

los más de los que le habian tendido este lazo, pagaron con su vida aquel breve mal rato que le habian dado. En su tiempo se erigió en reyno el condado de Castilla que habia conquistado, para que sirviese de herencia y de título á uno de sus hijos. Despues de haber hecho toda su vida guerra á los enemigos del nombre christiano, hasta llegar á hacerse el terror de ellos, buscó gloria más sólida. Sin embargo de hallarse entónces en lo mejor de su edad, pues apenas tenia 35 años, abandonó las armas para no ocuparse en otra cosa que en hacer florecer la religion y la piedad en sus estados. Esta fué su única ocupación en lo restante de sus días; y el exemplo de sus virtudes hizo eficaces los medios de que se valió para desempeñar unas ideas tan laudables en un príncipe christiano.

En todo este siglo fué la Inglaterra el teatro de las guerras más sangrientas. Conquistada dos veces por príncipes extrangeros, vió quatro reyes de Dinamarca, á saber, Suenon, Canuto I., Harald I. y Canuto II., dueños de Londres y de las otras ciudades principales, dar leyes á sus provincias, y hacerlas gemir baxo un yugo de hierro. Una barbaridad aconsejada por traidores, y mandada por un rey cruel y cobarde, fué la que le acarreó todas estas desgracias. Los dinamarqueses establecidos en esta isla, fueron todos asesinados en un mismo dia; pero hallaron quien tomase venganza en sus compatriotas, que talaron las costas, y lo interior del país con una furia implacable, y no dexaron de hacer correr la sangre por todas partes en más de 50 años. Despues de tantas agitaciones, empezaba á respirar la Inglaterra baxo el gobierno prudente y moderado de Eduardo III., llamado el Confesor, hijo de Etelredo II., á quien los votos de la nación habian llamado al trono de sus padres; pero la ambición de Gowino, ministro duro y poderoso, que se habia hecho necesario á su señor por su crédito y riquezas, volvieron á sumergir el reyno en nuevas calamidades. Eduardo, á quien las circunstancias habian obligado á confiarle su autoridad, hubo menester de toda su prudencia para impedir que causase mayores estragos, y de toda su mansedumbre para reparar alguna parte de ellos. Este piadoso monarca se halló libre al fin por la muerte de la tiranía de un vasallo tan soberbio y tan temible, de quien se sospechaba, y no sin fundamento, que habia concurrido al homicidio del prínci-

pe Alfredo su hermano, y que le vendia los servicios que hacia al estado por ciertas condescendencias, de que muchas veces murmuraban los demas señores. Entonces Eduardo, vuelto en sí, y hecho rey verdaderamente, hizo gustar á sus pueblos las dulzuras de un gobierno justo y apacible. Supo concordar con todas las prendas que constituyen bueno á un príncipe un respeto infinito á la religion, y una piedad eminente. Mandó traducir en latin, y recopilar en un mismo cuerpo las leyes saxonas, que el uso habia consagrado. Este código, tan apreciable á la nacion, y que tantas veces ha reclamado, monumento de justicia y de beneficencia, conocido con el título de leyes de Eduardo el Confesor, ha hecho preciosa su memoria en Inglaterra, que no pudo consolarse de su pérdida, sino viendo su nombre solemnemente incluido en el catálogo de los santos.

La muerte de este príncipe, acaecida en el año 1066, es una época importante en la historia de este siglo. Careciendo de hijos, y no dexando otro heredero por línea masculina que al jóven Edgar Atheling, biznieto de Etefredo, y por consiguiente sobrino segundo suyo, príncipe, que además de su corta edad no daba ninguna esperanza para lo venidero, juzgó Eduardo deber llamar para el trono de Inglaterra á Guillermo, duque de Normandía, su primo, su bienhechor y su amigo. Guillermo, príncipe belicoso y prudente, que era á un mismo tiempo político y arrojado, diestro y valiente, se preparó para hacer prevalecer los derechos que la última voluntad de Eduardo le daba sobre la Inglaterra. Tan vivo en la execucion, como prudente y mirado en el consejo, se puso en marcha con un ejército formidable, conducido por un crecido número de navíos; y despues de algunos dias de una feliz navegacion, hizo su desembarco en las costas de la provincia de Sussex. Haraldo, hijo del imperioso ministro Godwin, se habia apoderado del trono, que nadie habia osado disputarle. Adelantóse para oponerse á los designios de Guillermo, quien lo recibió con una intrepidez, de que ya tenia dadas otras pruebas. La famosa jornada de Hastings decidió de la suerte de la Inglaterra, y de la fortuna de los dos competidores que se la disputaban. Haraldo, despues de los mayores esfuerzos de valor, dignos de mejor causa, quedó en el campo de batalla; y habiéndose hecho

Guillermo dueño de Douvres, marchó en derechura á Londres, en donde los obispos y magistrados, seguidos muy pronto de la nobleza y pueblo, lo recibieron con grandes demostraciones de alegría. El papa Alexandro II., que se habia inclinado á sus intereses, le alcanzó los votos de los prelados. Su exemplo se llevó tras sí á toda la nacion; y habiéndose ungido al nuevo monarca, no le quedó otro cuidado que el de asegurar su conquista, apaciguando las sediciones, abatiendo el orgullo inquieto de los señores, y haciendo executar las leyes. Hacíase obedecer con una entereza que declinaba algo á rigor; pero le parecia necesaria en estos primeros tiempos para contener unos hombres inquietos y ligeros, y enseñarles á respetar la autoridad mejor que lo habian hecho en tiempo de sus antiguos señores. Sin embargo, con su bondad, mansedumbre, liberalidad, amor á la justicia y al bien público, templó aquella demasiada severidad, que al parecer tenia su dominacion. La nacion inglesa reconoce hoy en dia que debe á este príncipe el principio de su poder y de su gloria. Su hijo Guillermo II. heredó todos sus estados, y vió como él la Inglaterra y la Normandía sujetas á sus leyes.

Dinamarca, Suecia, Rusia, y los demas estados del Norte, que apenas habian salido de las tinieblas del gentilismo, y estaban todavía sumergidos en las de la barbarie, no nos ofrecen mas que hechos dudosos, y poco dignos de detenernos. Polonia, Bohemia y Hungría solo eran conocidas por su conexion con el imperio de Alemania, cuyos soberanos tenian á veces intereses que disputar con los que gobernaban. Por lo demas, ocupados con sus guerras mas que con la política y las leyes, las empresas de estos pueblos, sus prosperidades, ni sus adversidades, no interesaban tanto á las otras naciones, que hubiesen de estar atendiendo á lo que pasaba entre ellos. Sin embargo, es necesario advertir que Polonia, Bohemia y Hungría se habian hecho bastante poderosas, para que los emperadores de Occidente, y los papas, que disputaban entre sí el derecho de conferir las dignidades, concediesen á sus príncipes el título de reyes. En quanto á Rusia, que tenia entonces el nombre de Kiovia, si dió una reyna á la Francia (a),

(a) Ana, muger de Henrique I., casada año de 1091.